

Elena del Pilar Jiménez (2023). *Leer nos hace humanos. Octaedro. 144 pp.*

Patricia Orozco Gómez

Universitat de València

<https://dx.doi.org/10.5209/dill.96042>

La profesora Elena del Pilar Jiménez de la Universidad de Málaga, bien conocida por su tarea al frente de la Asociación Española de Comprensión Lectora (AECL), presenta en esta ocasión un libro monográfico titulado: *Leer nos hace humanos*, que se suma a otros trabajos dedicados a la comprensión lectora y su enseñanza-aprendizaje, entre los que cabe citar ahora los libros colectivos *La comprensión y la competencia lectoras* (2016) o, en coautoría con María Isabel de Vicente Yagüe, *Ánálisis de enfoques, metodologías y herramientas didácticas para la comprensión lectora* (2018) e *Investigación e innovación en educación literaria* (2018). Este libro de corte ensayístico es capaz de condensar y supeditar la mucha bibliografía que existe para que fluya un discurso claro y orgánico, pensado para un público mixto de expertos en investigación educativa y docentes, tanto en activo como en formación, así como de un público no especializado.

La autora comienza la obra cuestionándose cuál es la cualidad que nos hace humanos y, para ello, establece comparaciones con otros animales, descartando así que sean los sentimientos y emociones, la sociedad, la comunicación, la creatividad o la tecnología, para acabar determinando que lo único que hacemos diferente al resto de especies es la sistematización de la comunicación oral, la escritura, el sistema lingüístico. Así, esta afirmación pone el foco en la importancia de la lectura como vehículo del proceso de enseñanza-aprendizaje de las personas en la sociedad, que no solo encuentran en ella una manera de diferenciarse del resto de animales, sino que también abre un camino para intensificar su humanismo, de humanizarse.

El hecho es que la interacción entre humanos sirve para alcanzar el desarrollo óptimo de las capacidades individuales, es decir, el humano se adapta y sobrevive gracias a la transmisión del conocimiento entre la sociedad, aprende por emulación, por lo que “una educación en la que no se entrene el trabajo en grupo, la colaboración, el respeto, la consideración, y la generosidad no tiene razón de ser, porque es, por definición, antinatural” (p. 15). Pero este proceso no se puede completar sin un tipo de comunicación entre ausentes, como es la lectura.

Así, se completa una conceptualización de la lectura como clave para el aprendizaje individual y al mismo tiempo social. Para ello, se parte de la limitación del debate terminológico en torno a la no siempre clara distinción entre *comprensión* y *competencia lectoras*: “la comprensión lectora es la habilidad del ser humano de entender lo más objetivamente posible lo que un autor desea transmitir con su texto, y la competencia lectora la capacidad del individuo de usar de forma útil su comprensión lectora en sociedad” (p.17). Posteriormente, se profundiza explicando los niveles de competencia lectora basados en el desarrollo biológico del individuo: el literal, del que forman parte los subniveles objetivo y subjetivo, el representativo, el inferencial, el crítico, el emocional, el creador y, por último, el metacognitivo. Estos niveles reconcilian muchos planteamientos teóricos sobre el asunto, pero son capaces también de incorporar nuevos puntos de vista, con esa reivindicación de la creatividad como parte del proceso lector más elevado.

La obra ofrece una útil selección y presentación de instrumentos de evaluación de la competencia lectora: TEECLLED, LEOBIEN, EDILEC, PROLEC-SE-R, la Guía de evaluación de la Agencia Andaluza de Evaluación Educativa, LEXILE y QUANTILE, ENI-2, NEUROPSI, TLC II, EVALEC, EVALÚA, CompLEC, EGRA, LECTUM, ECLE, EVALÚA, etc. Una recopilación que los investigadores noveles agradecerán, igual que los docentes, pues aquí pueden localizar instrumentos fiables para evaluar la comprensión lectora de sus estudiantes.

Pero la parte más ambiciosa del libro es aquella que incorpora la visión neuroeducativa, justificada al apostar por una concepción holística, multidisciplinar y de obligada colaboración entre distintas áreas. Especialmente importante para el caso de la denominada lectura literaria, pues la autora apela a la unidad de las diferentes Didácticas Específicas y la consolidación de un método basado en que la lectura sea transdisciplinar. En este sentido, se insiste en que la lectura literaria genera claros beneficios para el aprendizaje de los estudiantes, que pasa por el aumento de conexiones neuronales, el ejercicio de la memoria y la inteligencia emocional, la ampliación del vocabulario, el incremento de la capacidad de crear inferencias o, entre otras, la activación de la creatividad y del pensamiento lógico y abstracto. Al hilo, se incluye una pequeña digresión sobre el funcionamiento del cerebro, pues, antes que los planteamientos teórico-metodológicos

sobre cómo enseñar a leer, es fundamental entender cómo se aprende a leer, y en la actualidad las investigaciones sobre este apasionante asunto son de obligado conocimiento para los que se dedican a enseñar a leer o enseñar a los que van a enseñar a leer. Esto se hace de una manera muy sencilla explicando las tres partes y funciones del cerebro: el área de Broca (donde se planifica el discurso), el área de Wernicke (donde se produce el entendimiento) y el fascículo arqueado, que une ambas.

A partir de aquí se explica por qué los métodos de lectura rápida como el Spritz no son efectivos (por el desfase entre la ruta de decodificación y la de entendimiento). Además, se reflexiona sobre el proceso de aprendizaje y las pautas de comportamiento necesarias desde la perspectiva de la neuroeducación en lectura y literatura infantil, haciendo hincapié en el desarrollo cognitivo, sensorial y emocional pertinente a cada etapa, donde presentar situaciones de aprendizaje más complejas es contraproducente, por mucho que apremie la maduración.

A continuación, se aborda la concreción de las cuestiones teóricas planteadas tomando como ejemplo la planificación global de la lectura en educación según la etapa. Sirviendo para distinguir las competencias (generales y específicas), los contenidos (tanto en lectura como en educación lectora), las actividades formativas (presenciales, expositivas, magistrales, debates), los resultados de aprendizaje, la evaluación (de una prueba específica, trabajos individuales y grupales y la participación), la importancia de las tutorías (su funcionamiento y planificación), la metodología, las aptitudes y actitudes, y la formación permanente del profesorado.

La mirada transversal del libro permite hacer calas en la etapa infantil, que no dejar de ser el punto de partida y clave para estimular el contacto con el mundo de la lectura. En este punto, la autora se cuestiona cuáles son las lecturas idóneas o los criterios normalizados para la comprensión lectora, defendiendo que “dividir la literatura por edades, además de por temáticas, no debería tomarse como un hecho categórico, sino como una orientación, [...] sin buscar imponer criterios ni plantear niveles como compartimentos estancos huyendo de axiomas irrefutables de la verdad absoluta e indiscutible” (p. 57).

Seguidamente, arranca una segunda parte en el libro que profundiza en planteamientos epistemológicos para explicar la disciplina de la Didáctica de la Lengua y la Literatura, haciendo un recorrido histórico hasta una actualización en su definición y objetivos, que viene de la mano de su naturaleza interdisciplinar. Antes de empezar hay tiempo para una oda a la vocación, reivindicando y valorando la labor de la docencia, que supone conectar con una educación universal, e incluso para apelar a los principios de la cultura oriental-zen que contribuyen a la liberación y flexibilidad como garantes de una educación inclusiva y diversa.

Completa todo ello un panorama de la Didáctica de la Lengua y la Literatura interesante por la apuesta, una vez más, de la interdisciplinariedad y la unión de asuntos de carácter lingüístico, psicobiológico, sociocultural o neurodidáctico, y sin renunciar a concretar cambios instruccionales. De todo ello, destacaremos ahora la ambición de incluir conceptos y recursos como los centros de interés (ideados en origen por Decroly para niños con dificultades), los bits de inteligencia (tarjetas de información visual diseñadas por Doman también para alumnado con dificultades), los mapas conceptuales (técnica diseñada por Ausubel para la incorporación de nuevo conocimiento al ya asimilado), los pictogramas (signos que representan objetos, figuras o conceptos reales), la comunicación oral en el aula (ofrece instrucciones para trabajarla, evaluarla y desarrollar capacidades a través de esta) o el juego simbólico (usar el lenguaje como instrumento para experimentar aprendizajes).

En suma, *Leer nos hace humanos* es un libro capaz de condensar, según anunciábamos, muchos aspectos técnicos interdisciplinares y de hacerlo de una manera amena, sin renunciar a mostrar el posicionamiento de la autora, que se transparenta en preguntas retóricas del tipo: “¿no sería mejor contemplarlas [las necesidades educativas especiales] como características del individuo? Una persona es disléxica como tiene los ojos negros, es alta o disfruta del fútbol, pues la dislexia es simplemente una capacidad de aprender de forma diferente” (p. 45), o directamente la denuncia: “leer rápido no es inconveniente para comprender si se tuviera un entrenamiento adecuado, pero la realidad es que se lee más y más rápido, sí, pero menos texto, más incorrecto y peor leído” (p. 59). Un libro que el público y, en especial, los docentes de todas las disciplinas sabrán apreciar por su capacidad de ordenar claves prácticas con fundamento científico, pero también por facilitar la demostración empírica de que, efectivamente, leerlo contribuye al humanismo.

Cómo citar: Orozco Gómez, P. (2025). Elena del Pilar Jiménez (2023). *Leer nos hace humanos*. Octaedro. 144 pp. *Didáctica. Lengua y Literatura*, 37, 215-216.